

el edicto de julio, pretendiendo que su severidad no servía más que de multiplicar las contravenciones, y de irritar con gran riesgo á los religionarios, ya que todo su rigor no alcanzaba á contenerlos. Llamáronse diputados de todos los parlamentos, y reunidos en San German de Lay, recibieron orden de tratar precisamente sobre si convenía permitir ó prohibir las asambleas de los calvinistas, prescindiendo de la cualidad buena ó mala de su religion, y aun suponiéndola mala. «No se censan ustedes (les dijo claramente el canceller) en examinar la sustancia de las cosas, porque nosotros estamos aquí, no para establecer la fé, sino para consolidar el Estado, como si la verdadera política permitiese separar estas dos cosas, especialmente en un reino constituido cual entonces estaba la Francia (1). Eso era proporcionarse la tranquilidad de un momento á costa de las borrascas que produjo esa calma engañosa. Pasó pues el nuevo edicto, según los deseos del canceller y de la reina, en el mes de enero de 1562. Lo más extraordinario que se concedió en él á los novadores, y lo que aun no tenía ejemplar desde la fundación de la monarquía, fué la libertad de celebrar asambleas públicas para el ejercicio de su religion, aunque fuera de las ciudades y sin armas (2). Por lo demás se les obligaba á devolver las iglesias usurpadas, á restituir las cruces, las imágenes y las reliquias robadas, á no impedir la percepción de los diezmos y de las otras rentas eclesiásticas, á guardar las fiestas, á observar los grados de parentesco para el matrimonio y toda la policía esterna de la Iglesia católica; y en fin, á no declamar contra la misa y las ceremonias religiosas, así en los sermones como en los escritos, y aun en las conversaciones. Dicese que con estas condiciones convinieron con el edicto los cardenales Bor-

(1) *Espíritu de la Liga*, t. 1, p. 134.

(2) David, l. 2, p. 98; *Memor. del Clero*, t. 6, p. 505.

ron y Tournon, y el mariscal de San Andrés, no obstante de que eran muy opuestos á los calvinistas. Pero contar con la moderación de los sectarios después de la libertad que se les concedía, era lo mismo que querer enfrenar un torrente rompiendo sus diques. El parlamento de París, más circunspecto en su adhesión á la fé, no registró el edicto hasta que se le comunicaron tres Reales órdenes para ello, y aun entonces lo hizo añadiendo varias cláusulas que lo modificaban, cuyo ejemplo siguieron los demás parlamentos, y aun el de Borgoña rehusó siempre admitirle. Estas barreras eran muy débiles contra la rápida y casi general inundación del error. Pió IV, á pesar de la caducidad de la vejez, amigo de reposo, comprendiendo que necesitaba la Iglesia de mayores fuerzas, y de toda la virtud del concilio ecuménico, que era su último recurso, determinó por fin no diferirle más; y aun parece que á impulsos de su sobrino el cardenal Borromeo, del cual es ya tiempo de hablar, adquirió un grado de energía y actividad superior en cierto modo á la naturaleza. Carlos Borromeo, hijo del conde Gilberto Borromeo y de Margarita de Médicis, que con su ejemplo, eran el modelo de las familias cristianas, mostró desde la infancia una piedad muy singular que en cierto modo había recibido de su familia y en cuyo seno fué igualmente educado (1). Empezaba apenas á hablar, cuando se advirtió ya en él aquel decoro cristiano y los primeros rasgos de aquella dignidad pastoral de que había de ser restaurador. Divertíase poco con los otros niños, y huía absolutamente de los que eran atolondrados, coléricos y un poco moderados en sus palabras. Consistía todo su recreo en hacer cuando estaba solo, ó en unas capillitas ó oratorios pequeños, donde se entregaba á los ejercicios de Religion, que en vez de ser una diversión pueril, se parecían á la fé viva y al

(1) Godeau, *Vida de San Carlos*, l. 1, c. 1 y sig.

profundo recogimiento de un solitario penetrado de la presencia de Dios que le conducía á la soledad. Luego que pudo frecuentar las aulas, ya en Milan, y ya después en Pavia, que era célebre en jurisprudencia, no sabía, como en otro tiempo San Basilio y San Gregorio Nacianceno en Atenas, más que dos cosas, á saber: la una para ir á la iglesia, y la otra á las escuelas públicas. Las ocasiones que se le presentaban á cada paso para entregarse á la corrupción, solo servían para inspirarle más horror á ella. Hasta en su semblante resplandecían su piedad y su pureza enteramente angelical, de suerte, que siempre que le veía pasar un santo sacerdote, se detenía á contemplarle con asombro y respeto. Preguntándole algunas personas por qué razón hacía aquellos ejercicios (las respondió) no conocen á ese niño; y qué cosas tan grandes hará. Será algún día el reformador de la Iglesia (1). Solo tantas disposiciones felices para el estado eclesiástico, juntas con un deseo ardiente de consagrarse todo á Dios, movieron al conde á consentir en que recibiese su hijo la primera tonsura. Poco después, su tío Julio César Borromeo, renunció á su favor una abadía, situada en el territorio de Arona, donde había nacido Carlos y del que era señor su padre. Habiéndose instruido desde luego el nuevo abad en las obligaciones canónicas de un abad comendatario, dijo al conde su padre (el cual se había encargado de la administración de las rentas de aquel pingüe beneficio á causa de la corta edad de su hijo) que le rogaba encarecidamente que no destinase parte alguna de ellas para el gasto de su casa, sino que las emplease todas en socorrer á los pobres de Jesucristo, pues eran patrimonio suyo (2). Estremada fué la alegría que experimentó el conde Gilberto al oír aquellas palabras, hallando en su hijo tanta religiosidad, con una madurez tan

(1) Godeau, *Vida de San Carlos*, l. 1, c. 2.

(2) *Ibid.*, l. 2, c. 1.

superior á sus años; y así no vaciló en confiarle la administración de las rentas de su beneficio. Carlos se impuso la ley de no tomar de ellas sino lo preciso para su subsistencia, él invirtió todo lo demás en socorrer á los miserables y en reparar y hermosear su iglesia. Si por casualidad necesitaba su padre algunos dineros, se lo prestaba como á un extraño, y tenía buen cuidado de cobrarle. Manifestó desde entonces aquella inteligencia y moderación económica, tan propia en un ministerio en que todo es sagrado, y que ha servido justamente de modelo á los dispensadores de los tesoros espirituales y temporales de la Iglesia. Cuando promovieron á su tío al Pontificado, le creó cardenal, y le confirió el arzobispado de Milan, aunque no contaba todavía veintitres años cumplidos; cosa que al principio se miró como un efecto de la predilección del Papa hacia su familia; pero muy en breve entendieron todos que era un rasgo insigne de la divina Providencia á favor de aquella iglesia, una de las más considerables y de las más abandonadas de Italia. El cielo quería darla un pastor que estuviese lleno de la gracia del episcopado, tanto como los más santos prelates de la antigüedad. Habiendo muerto algún tiempo después el conde Federico Borromeo, único hermano del cardenal, juzgaron todos que siendo Carlos muy querido del Papa, y su tío, recomendable por su buena presencia, dotado de gran talento y muy á propósito para el despacho de los negocios, además de estar adornado de todas las cualidades que hacen amables á los hombres, dejaría el capelo y no pensaría ya en seguir el estado eclesiástico. El mismo Pontífice mostraba grandes deseos de que se casase para conservar el nombre de su familia; y le hizo muchas instancias. Para librarse Carlos de estas sugerencias y de su propia inconstancia, se resolvió á recibir desde luego el sacerdocio, como lo verificó en efecto pocos meses después de la muerte de su hermano. Hasta entonces había sido un

eclesiástico piadoso y de costumbres irreprehensibles, y un prelado modesto, justo, benéfico, laborioso y fiel en el cumplimiento de todas sus obligaciones; pero despues fué un modelo de perfección, no cediendo en las mortificaciones, cuando era cardenal, ni á los religiosos mas austeros, ni á los solitarios mas consumados en los ejercicios de la vida contemplativa. Las relaciones que tenia con todo género de personas por razon de sus empleos distinguidos, como eran la penitenciaría mayor, las legaciones de Bolonia, de la Romanía, de la Marca de Ancona, y la proteccion de la órden de Malta y de otras muchas, de naciones enteras, de la Suiza católica, de la baja Alemania, y de todo el reino de Portugal, habian introducido en su palacio una magnificencia, una delicadeza tal, y tanto número de diversiones, que, aunque no eran ilícitas por su naturaleza, no se conciliaban siempre con la severidad de la vida clerical. Luego que recibió la gracia del sacerdocio con una abundancia proporcionada á la generosidad de sus sacrificios y al fervor de sus disposiciones, resolvió santificarse, porque creía que de otro modo no podia trabajar con fruto en la santificacion de los pueblos.

Para esto juzgó que necesitaba de un director sábio, firme y experimentado, y eligió al P. Rivera, de la Compañía de Jesus, quien descubriendo los grandes designios del Señor con respecto á aquella alma privilegiada, túvose por dichoso en cooperar á su ejecucion, y empleó cuantos medios pudo sugerirle el espíritu de una órden naciente que no respiraba mas que la gloria de Dios y de la Iglesia (1). Este Padre inspiró á San Carlos los sentimientos de la alta piedad en que se fundaron todas las virtudes que brillaron despues en el discurso de su vida pública. Sufrió Rivera con este motivo mil injurias de los cortesanos y de algunos parientes del jóven cardenal, por parecerles que su nuevo modo de vivir era una

(1) Godeau, *Vida de San Carlos*, l. 1, c. 5.

acusacion de su conducta, y perjudicaba á la grandeza temporal á que querian que aspirase, así para ellos como para sí mismo: las cosas llegaron á tal extremo, que para librar de esta persecucion el prelado á su director, tuvo que introducirle en su cuarto por una escalera secreta; mas no por esto dejó de consultarle con frecuencia, ni de gobernarse por sus consejos; y de dia en dia hizo mayores progresos en la piedad y en todas las virtudes. Era naturalmente estudioso y amante de las letras, y habia establecido en su palacio una academia, en la que todas las semanas se trataba de un punto de elocuencia, de poesia, de moral ó de política. Despues mandó que solo se tocasen materias de Religion, fijando toda su atencion en las funciones de su estado, y queriendo adquirir la facilidad necesaria para predicar por sí mismo á su pueblo, que era en su concepto la primera obligacion de un obispo; por lo que consiguió una maestria singular en este ejercicio, á pesar de que le favorecia muy poco la memoria.

Un obispo de este carácter, y que merecia toda la confianza de su tio colocado en la Silla apostólica, no podia menos de tomarse el mas vivo interés por la feliz conclusion de un concilio que habia de dar el último golpe á las heregias de Lutero y Calvino y reducir la disciplina eclesiástica, sino á su primitiva pureza, por lo menos á su regularidad y decencia, y á su estabilidad y antiguo vigor. Movido Pio IV de las instancias de este sobrino celoso, habia nombrado ya dos legados para que presidiesen en su nombre al concilio ecuménico, á saber, al cardenal de Mantua, Hércules de Gonzaga, y al cardenal Santiago Du-Puy, natural de Niza, en Provenza, ambos de un mérito extraordinario. Determinado por los mismos consejos á agregarles un número mayor de personas que igualmente fuesen dignas de aquella distincion, creó hasta diez y ocho cardenales en una sola promocion, en la que tuvieron mucha parte los individuos de la

academia doméstica de San Carlos. Los legados que queria enviar Pio IV á Trento, habian de ser cardenales, honrados, buenos teólogos y buenos jurisconsultos (1). Guiado por este principio, eligió poco despues de su última promocion á Gerónimo Seripando, general de los agustinos y arzobispo de Salerno; á Estanislao Hosio, polaco, obispo de Culm, y á Luis Simoneta, obispo de Pésaro, en el ducado de Urbino. Aproximándose el tiempo de abrir el concilio, y recelando que la falta de salud del cardenal Du-Puy no le permitiese asistir á él, nombró el Santo Padre por sexto legado á su sobrino el cardenal Marcos Sittic de Altemps, obispo de Constanza. Carecia este de la esperiencia y de la capacidad de sus colegas; pero además de la cualidad de cardenal nepote, como era de una de la mas ilustres casas del imperio, estaba en muy buena posicion para tratar con los alemanes.

Siendo Pio IV de avanzada edad, y estando ya muy achacoso, publicó en un consistorio, á ejemplo de lo egecutado antes en iguales circunstancias, un decreto en que prevenia que, si vacase la Santa Sede durante la celebracion del concilio, perteneceria al Sacro Colegio la eleccion del Sumo Pontífice, y no á la asamblea de los Padres (2). A este decreto añadió otros dos, declarando en uno de ellos que no le es lícito al Papa elegir su sucesor, ni nombrar un coadjutor para que le suceda, aunque consientan en ello todos los cardenales; y en el otro, relativo en un todo al concilio, que no se concederia el derecho de votar sino á los obispos que concurriesen á él en persona. Habíalo así dispuesto ya Paulo III (3); y no obstante, habiendo llegado á Trento dos obispos polacos, con poderes de sus compatriotas ausentes, pidieron que se les permitiese dar en las deliberaciones tantos votos cuantos fue-

sen los poderes que presentasen de obispos, cuya ausencia constase ser legitima. Eran sin duda muy poderosos los motivos de esta escepcion, porque aquellos obispos no podian salir de Polonia á causa de la necesidad evidente y urgentísima de sus iglesias, amenazadas de una ruina próxima por un diluvio de impios y de sectarios turbulentos; sin embargo, consultado el Papa por los legados, resolvió con su consistorio que debia desecharse semejante propuesta, porque las demas naciones pretenderian desde luego el mismo privilegio, con lo cual se destruía la máxima principal de conducta establecida desde el principio del concilio de Trento, esto es, que no se votase por naciones, como en Basilea y Constanza, sino por personas, como en todos los concilios mas antiguos. Esforzaronse los legados en persuadir con estas razones á los polacos, los cuales fingieron quedar satisfechos; pero pocos dias despues desaparecieron para nunca volver. Por último se dió principio á las operaciones del concilio.

Se celebró una congregacion general, á 15 de enero de 1562, y dispuesto en ella todo lo necesario para la apertura, se verificó esta el dia 18 en una sesion solemne, que se cuenta por la primera en tiempo de Pio IV, y por la diez y siete de todas, aunque toda se redujo á esta ceremonia. De los seis legados designados, solo asistieron cuatro, á saber, el cardenal de Mantua, Seripando, Hosio, y Simoneta; porque Du-Puy continuaba enfermo y Altemps no habia llegado aún. Aunque el cardenal Madruccio no presidia, estaba sentado cerca de los legados, con preferencia á los demas obispos; y despues de él seguian los patriarcas en un lugar distinguido, y luego los arzobispos y obispos, segun la antigüedad de su consagracion. Los abades ocupaban el último lugar con los generales de órdenes religiosas. Lainez, general de los Jesuitas, se colocó fuera del circo en el último asiento, para cortar cualquier disputa que pudiese suscitarse con motivo del

(1) Pallav. l. 13, c. 6, n. 8.

(2) *Id.* l. 13, c. 13, n. 10.

(3) Fra-Paol. l. 1, in fin.

lugar que le convenia ocupar, respecto de que su instituto era todavia nuevo en la Iglesia. Leyóse la bula de convocacion, y con seguida el decreto para la continuacion del concilio, á lo que dieron todos los Padres su aprobacion pura y sencilla, despues de las objeciones inútiles de algunos españoles contra esta cláusula: *presidiendo y proponiendo los legados.* No se adelantó mucho mas en la sesion diez y ocho, celebrada cerca de seis semanas despues de la primera, á 26 de febrero. Las disputas sobre la precedencia entre dos embajadores que llegaron en este intervalo, das antiguas dificultades sobre el titulo del concilio, renovadas principalmente por los españoles, la prolijidad y delicadeza del punto de los libros prohibidos, y como tambien el salvo-conducto de los protestantes, por objeto de aquella sesion, todas estas discusiones ocuparon las congregaciones preliminares, celebradas, segun costumbre, para haber reinar la tranquilidad. Al fin se publicó un decreto que contenia, no la condenacion ni la lista inmensa de los libros perjudiciales que habian inundado al mundo cristiano, sino la comision dada por el concilio á cierto número de Padres, para que los examinasen y diesen cuenta á todos los demas de lo que resultase de su examen á fin de que rechazase luego la decision. Decretaron igualmente dar el salvo-conducto en una congregacion, pero que tendria la misma fuerza que si se diese en una sesion solemne; lo que ejecutaron antes de quince dias. Se extendió en los mismos términos y en igual forma que el que se habia dispuesto anteriormente en la sesion quince, celebrada en tiempo de Julio III; esto es, sin ninguna restricción y sin la menor ambigüedad. Pero, como entonces se habia hecho solamente para los alemanes, se extendió en general á todas las naciones, aunque sin nombrar á ninguna, por no parecer se desacreditaba á todas con la nota de heregia. Esta fué la razon que dieron los legados del concilio al

cardenal de Ferrara, legado de Francia, al remitirle la copia de aquel documento (1). Pidió entretanto el embajador del emperador un arreglo de disciplina para el clero de Alemania, con cuya propuesta brotó la grande idea de una reforma general, y á este efecto se estableció una comision ó junta, presidida por el cardenal legado Scipiano, que opinó se diese principio á ella por el jefe de la gerarquia eclesiástica, y por la misma curia romana, como el objeto mas importante y mas á propósito para dar fin así á las invectivas de la heregia como á los gemidos de la Religion. Apoyó eficazmente este dictamen don Bartolomé de los Mártires, sabio y piadoso dominico, que desde la oscuridad del claustro habia pasado á la dignidad de arzobispo de Braga, primado de Portugal. Manifestó este piadoso arzobispo que los primeros pastores no podian sostener la magestad del concilio si no cumplian el fin principal que se habian propuesto desde su primera apertura, esto es, librar á la Iglesia de la corrupcion deplorable que la cubria de ignominia y que la habia acarreado todos sus males; que segun la carta del rey Juan III, de piadosa memoria, dirigida á Paulo III y leida en concilio pleno, hallábase tan desfigurada la disciplina antigua, que aun cuando no hubiese ninguna heregia que prohibir, no habria sido menos necesario convocar un concilio ecuménico contra la enormidad de los abusos y desórdenes; que la corrupcion de costumbres habia producido por sí sola la heregia y facilitado sus progresos; que al presente era su único apoyo, y que se destruiria por sí mismo el error, cuando se reformasen verdaderamente las costumbres. Entre los prelados que oyeron del muy diverso modo este discurso hubo algunos que dijeron que el respeto no les permitia creer que los ilustrisimos y reverendísimos cardenales tuviesen necesidad de reforma, á lo cual replicó el arzobispo con

(1) Pallav. l. 16, c. 1; Rain. an. 2165, n. 22.

mas firmeza que la vez primera, y pues yo, guiado por este mismo respeto, declaro por el contrario, que los muy ilustres cardenales tienen necesidad de una muy ilustre reforma; y á la verdad, la veneracion con que los honro, seria mas humana que divina, y mas afectada que sincera, si no ansiara que su reputacion fuese tan inviolable como eminente es su dignidad (1). Despues de este homenaje tributado al cardenalato, dejándose llevar de su celo el arzobispo mas allá de los justos limites, añadió que esa dignidad, desconocida de la Iglesia antigua, se habia levantado injustamente sobre la autoridad episcopal, la cual estaba en cierto modo destruida con la introduccion de tal novedad; que no quedaba esperanza de establecer una verdadera reforma en la Iglesia, mientras no fuesen los obispos todo lo que debon de ser en el cuerpo místico de Jesucristo, donde los habia colocado el mismo Dios; y por último, que comparando lo que son hoy dia los obispos y los cardenales con lo que eran en otro tiempo, no podia menos de gemir delante de Dios y de quejarse á la Iglesia de la Iglesia misma. Estas palabras, que oyeron los legados sin alterarse, porque salian de la boca de un prelado cuyo carácter y virtud conocian, sorprendieron en extremo á otras muchas personas. Tan difícil es dar el grado conveniente para todos al entusiasmo que inspira el mismo amor del bien; y tan difícil que el ardor del celo deje de contraer alguna acrimonia!

Propusieronse, sin embargo, muchos artículos importantes de reforma, y en particular acerca de la residencia, de la colacion de las órdenes, de la union de los beneficios, de la administracion de los curatos, de la visita episcopal, de los beneficios en encomienda y de los matrimonios clandestinos, siendo este el objeto de las discusiones verificadas con mucha exactitud en las congregaciones siguientes. Principiaban por las materias que daban menos

(1) Vid. de Bart. de los Mart. l. 2, c. 8.

motivo á los debates y contiendas, porque faltaban todavia muchos obispos en el concilio, y no habia concurrido ni uno solo de Alemania ni de Francia.

El fuego oculto en este último reino produjo al fin el incendio que no habia de extinguirse hasta la estincion de la dinastia, cuyos débiles vástagos descuidaron apagarle al principio. La fé romana habia sido por tantos siglos la única Religion de los franceses, y los que la profesaban constituian el mayor número de los habitantes de la nacion; por lo que, el partido católico miraba como un atentado contra los mas sagrados derechos todo privilegio concedido á los calvinistas. Estos, aunque nuevos, menos satisfechos que en berbecidos con lo que habian conseguido, aspiraban por lo menos á la igualdad, y se indignaban de que no se les tratase en todo como á los vasallos antiguos. Tenia cada partido sus gefes, y la ambicion en los protestantes, inflamada por el entusiasmo, se cubria con el velo de la religion. En esta fermentacion general debia incendiarse toda la primera chispa, y esta no tardó mucho en saltar con motivo de un choque casual. Pasando el duque de Guisa á Vassi, pueblo inmediato á Joinville, adonde se habia retirado descontento por las alternativas de la reina madre, quiso asistir al santo sacrificio de la misa. Al principio esta se pusieron á cantar los salmos con tanto estruendo los calvinistas, que celebraban su asamblea cerca de la iglesia, que se volvió precisado el duque á interrumpir sus devociones. Envió á suplicarles que guardasen un poco mas de silencio por un cuarto de hora, afirmandoles que despues podrian continuar con toda libertad; mas ellos contestaron con injurias, y cantaron con mayor desentono. Indignados de esta insolencia los que acompañaban al príncipe, salieron de tropel á vengarse, y salió él tambien para impedir el desorden; mas apenas estuvo en la puerta del templo, cuando le hirieron de una pedrada en la cara.

No hubo ya entonces arbitrio para contener á

los criados; mas un autor protestante (1) dice que solo ascendió á cuarenta y dos el número de muertos que hicieron, número que el espíritu de partido exageró hasta el punto de hacerle subir á muchos centenares. Oyóse al momento en todo el reino un grito general de los hugonotes contra el duque de Guisa, á quien acusaron de una barbarie premeditada, al mismo tiempo que él se escusaba del modo menos sospechoso; lo cual hizo hasta el momento mismo de comparecer delante de Dios. Quejáronse amargamente en la corte por medio del príncipe de Condé y de sus principales ministros. La reina madre les manifestó mucho sentimiento por lo ocurrido, y les dió buenas palabras; pero el rey de Navarra los llamó claramente hereges y sediciosos. Entonces fué cuando Teodoro Beza dirigió al rey estas palabras de amenaza: «Acordaos, señor, de que la religión, á cuyo favor os hablo, es un yunque que ha gastado ya muchos martillos.» Dicen también que amenazó al duque de Guisa con la fatal suerte que no tardó en experimentar. Sin embargo, el duque, á pesar de los consejos y de todas las inquietudes de la reina, no tardó en volverse á presentar en Paris, á donde le llamaban con grandes instancias todos los católicos. Entró en aquella capital acompañado del condestable, del mariscal de San Andrés, de una brillante comitiva y de la mas ostentosa pompa. Salió á recibirle el ayuntamiento, le dirigió un discurso, y el pueblo repetía sin cesar en medio de sus aclamaciones: *Viva Guisa!* Cuando la reina tuvo noticia de este triunfo, quedó sumamente consternada, temiendo la ruina de su poder, la pérdida de su libertad y aun de su propia vida; pues á esto creyó que se dirigian los designios del triunvirato. Tomó, pues, el partido de echarse en manos de los calvinistas, y escribió inmediatamente en términos espresos al príncipe de Condé que salvase á la reina y á su hijo: lo

(1) Hist. de cinq rois, p. 115.

que en cierto modo autorizó á los príncipes para dividir el reino, en nombre del rey, en dos partidos encarnizados en su destrucción reciproca, esto es, á hacer formalmente la guerra primera de Religión, á la que se siguieron otras muchas. Así Carlos IX, que solo tenía doce años, se vió ofrecido por su propia madre á los facciosos hereges, los cuales habian de abusar de su tierna juventud para educarle en sus falsos principios y hacer sentar sobre el trono la heregia, con desprecio de la ley fundamental de la monarquía. Condé, que se hallaba en Paris, no pudo resistir á Guisa, amado de los parisienses como salvador de su Religión. Por consiguiente fué á reunir sus fuerzas en Meaux, despues de haber llamado á los Colignys, diciéndoles que no solo habia pasado César el Rubicon, sino que era dueño de Roma, y que empezaban á tremolar sus banderas en las provincias. Al punto que estuvieron reunidos los gefes del calvinismo, se dirigieron á Monceau, á donde los llamaba Catalina; pero aumentándose por momentos la consternacion de esta, habia abandonado ya este palacio, que no era mas que una casa de campo sin ninguna defensa, y retirábase con el rey á Melun y despues á Fontainebleau, que estaba mas distante de los triunviros.

Bien informados estos de todo lo que pasaba, se adelantaron y llegaron á Fontainebleau con una tropa numerosa de caballería, declaran á la reina que van allí con el objeto de defender al rey de los atentados de la heregia y de la rebelion, y que si á ella no la convienen sus servicios, puede retirarse á donde mejor le parezca. Habia temido Catalina que se la privase de la libertad, y luego que vió que se la dejaban, solo trató de su autoridad, temiendo quedar enteramente inútil y sin ningun poder en algun sitio distante, desde donde la obligarian quizá á volver á Italia de un modo ignominioso. Volvióse pues á poner voluntariamente en manos de los triunviros, quienes en esta ocasion salvaron verdaderamente la Religión y la monar-

quia. Iba el príncipe de Condé á Fontainebleau con tres mil hombres de caballería, cuando supo que se le habian adelantado sus enemigos, y que la reina y el rey caminaban con ellos á Paris. «Ya no hay remedio (dijo entonces lanzando un profundo suspiro): estamos tan comprometidos, que es necesario pelear ó aventurarse á todo (1).»

Volvió á Orleans, donde ya tenia Andelot muy estrechados á los católicos: decidió la victoria, y despues hizo de esta ciudad una plaza de armas, y como un centro ó depósito general para todas las empresas que meditaba. Hasta entonces no se habia hecho mas que sorprender algunas plazas, asolar los campos y hacer algunas guerrillas de poca importancia por algunos caballeros y muchos cantones del reino; pero estos no pasaban de ser hechos aislados, sin plan y sin concierto; mas ahora se trató de corromper á la nobleza mas distinguida del reino: se levantaron públicamente tropas contra el soberano, se juntaron ejércitos tan numerosos como los suyos; se escitaron alborotos y conmociones en casi todas las provincias, y con especialidad en Normandía, cuya capital y las mejores ciudades se declararon desde luego á favor de los calvinistas: se formaron alianzas con los extranjeros, y en especial con los ingleses, de quienes recibieron seis mil hombres, y á los cuales se entregaron las ciudades de Rouen, Dieppe y Havre de Gracia; en una palabra, se formó en Francia una especie de segunda monarquía, y se hizo del príncipe de Condé una especie de rey con el nombre de defensor y vengador del reino. Los hereges confederados le prestaron juramento de fidelidad, prometiéndole armas, caballos y municiones, con sus bienes y personas: publicaron despues manifiestos llenos de calumnias contra los Guisas, é inundaron la Francia y toda la Europa de quejas, de apologias y de libelos injuriosos en que decian que tomaban

las armas para libertar al rey y á la reina que estaban presos en poder de los triunviros. Pero muy en breve se vió la gran ventaja que habian conseguido estos con su prevision, pues tenian á su cabeza al rey y procedian en su nombre. Publicóse, en efecto, un edicto en que desmintió el monarca los rumores que se habian esparcido acerca de su cautiverio, y protestó, no solo que estaba libre, sino que gozaba, en compañía de su madre la reina, de todas las prerogativas sagradas de su poder entre sus mejores vasallos. No mostrándose los perturbadores mas dispuestos á la sumision, se espidió un decreto terrible, que los condenaba como rebeldes y reos de lesa magestad á perder la vida, á la confiscacion de bienes, y á privacion perpétua para sí y sus hijos de todo honor, empleo y dignidad.

Decidióse la guerra civil; y esta guerra, tan funesta en sí misma, adquirió un carácter particular de atrocidad de que apenas hay ejemplo aun en las demas guerras de religion. Se trataba en esta de las cosas mas respetables y sagradas del culto cristiano, y no solo de las reliquias y de las santas imágenes, tan veneradas de los pueblos en todos tiempos, sino del sacrificio adorable de la nueva ley, de nuestros mas formidables misterios, del Cuerpo y Sangre de un Dios hecho hombre, que sus adoradores sinceros veian profanados del modo mas indigno por los novadores sacrilegos. No pretendemos disculpar á todos los que peleaban por la Religión de sus padres; pero el celo nunca fué llevado hasta el exceso que la impiedad; y consta por la historia, que las represalias de los católicos provinieron de haber profanado los calvinistas las reliquias y los demas objetos de la veneracion de los pueblos.

Encerrado en Orleans el príncipe de Condé, no tardó en agotar los caudales públicos de que se habia apoderado, y hallándose ya sin dinero, mandó coger y llevar á la casa de la moneda los relicarios, las cruces, los cálices

(1) Mem. de Condé, t. 1. — Hist. de cinq rois, p. 115. — Hist. de cinq rois, p. 115. — Hist. de cinq rois, p. 115.